

sal terrae



Revista
de teología pastoral

DIRECTOR:

Enrique Sanz Giménez-Rico, SJ
Universidad Comillas, 3 / E-28049 Madrid
Tfno.: 00-34-645 876 425 / Fax: 00-34-917 344 570
E-mail: revistast@salterrae.es

CONSEJO DE REDACCIÓN:

Antonio Allende - Jesús García Herrero - Ana García-Mina
Pedro José Gómez - Dolores López
Diego Molina - J. M^a Rodríguez Olaizola

COLABORADORES HABITUALES:

Dolores Aleixandre - Patxi Álvarez de los Mozos
Lola Arrieta - Adela Cortina - Cipriano Díaz Marcos
José M^a Fernández Martos - Joaquín García Roca
José Antonio García Rodríguez - José I. González Faus
Luis González-Carvajal - Juan Antonio Guerrero
Pablo Guerrero - Daniel Izuzquiza - Mariola López
Luis López-Yarto - Juan Manuel Martín-Moreno
Xavier Melloni - Fernando Millán
Jon Sobrino - Gabino Uríbarri

ADMINISTRACIÓN Y PUBLICIDAD:

Apartado 77 / 39080 Santander
Tfno.: 942 369 198 / Fax: 942 369 201
Horario: Lunes-Viernes, de 8 a 15 h.
E-mail: salterrae@salterrae.es

SUSCRIPCIÓN PARA 2009: (Once números)

Precios: I.V.A. incluido
España - Portugal: 45,00 €
Extranjero ordinario: 56,00 €
Extranjero aéreo: 70,55 €
Números sueltos: 4,50 €
Suscripción ON-LINE INTERNACIONAL
(Sin ejemplar impreso) 39,00 €

EDITA:

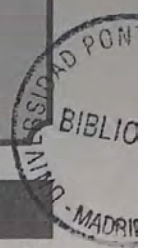
Editorial Sal Terrae
Polígono de Raos. 14-I / 39600 Maliaño (Cantabria)
ISSN: 1138 - 1094 / Dep. Legal: BI-126-1995

Impresión y encuadernación:
Grafo, S.A. - Basauri (Vizcaya)

113 ENE. 2009

ST 96 (2008)

SUMARIO



ESTUDIOS

- **¿Liturgias del vacío...?**
Notas para una reflexión sobre liturgias laicas
Xavier QUINZÁ LLEÓ, SJ 901
- **Celebrar la salvación.**
¿Conocemos los cristianos nuestra liturgia?
Carlos DEL VALLE, SJ 913
- **Celebrar la vida como «Pueblo de Dios en marcha»**
Pablo GUERRERO RODRÍGUEZ, SJ 925
- **Navidad profunda para tiempos superficiales**
María Leticia SÁNCHEZ HERNÁNDEZ 935

RINCÓN DE LA SOLIDARIDAD

- **Maranatha: Esperanza en tiempos de crisis**
Delegación de Acción Social. Provincia de Castilla SJ 947

COLABORACIÓN

- **¿Y después de Beijing 2008...?**
Ignacio RAMOS RIERA, SJ / Jaime TATAY NIETO, SJ 953

«PALABRAS INCOMPRENDIDAS»

- **«Adoración»**
Hermano ÉMILE DE TAIZÉ 961

LOS LIBROS

- **Recensiones** 973
- **ÍNDICE GENERAL. TOMO 96 / 2008** 983

COLABORACIÓN

¿Y después de Beijing 2008...?

Ignacio RAMOS RIERA, SJ*

Jaime TATAY NIETO, SJ**

¿Qué China se ha presentado ante el mundo en los Juegos Olímpicos?

«*Olimpics don't have to do with games but with history*». Esta curiosa frase de Ron Anton –jesuita que lleva trabajando más de diez años en una universidad de Beijing– viene a explicar algo de la China de los dos últimos siglos, pero tal vez incluso más de la China de ahora.

En efecto, parece que las olimpiadas de Beijing '08, en la mentalidad del chino de a pie y de su gobierno, no han significado tanto una cuestión deportiva cuanto una cuestión relacionada con el final de la «Guerra del opio» y la consiguiente «pérdida de rostro» ante el mundo, desde mediados del siglo XIX hasta nuestros días. La China imperial, *Zhōng Guò* (el reino del medio), gran potencia asiática durante siglos, fue entonces obligada a firmar el Primero de los Desiguales Tratados (Nanjing, 1842) frente a un contingente del Imperio Británico, que le forzaba a comprar para consumo propio enormes cantidades del opio que los mismos ingleses producían en los campos de amapolas indios. Siguió un tiempo de –valga la expresión– «toxicomanía social» en el que británicos, franceses y japoneses sacaron diverso partido a la debilidad de este gigante aturdido. Sólo en 1943 consiguió China sacudirse el yugo de las imposiciones y la ocupación extranjeras. Los

* Licenciado en Filosofía. Estudia teología. Madrid. <tachisj@jesuits.net>.

** Ingeniero de Montes. Estudia teología. Madrid. <sjtatay@yahoo.es>.

años que siguieron tras la proclamación de la República Popular China por parte de Mao Zedong, el 1 de Octubre de 1949 en Tiananmen, mantuvieron a este país en un pronunciado y miserable aislamiento, especialmente intenso en los años de la «Revolución Cul-tural» (1966-1976). Hasta aquí, millones de personas –se calcula que unos cincuenta– murieron por causa de hambrunas, y decenas de miles de intelectuales fueron perseguidos o aniquilados bajo la acusación de «reaccionarios». A partir de la subida al poder de Deng Xiao Ping (evidentemente, miembro del Partido Comunista) en 1978, China ha ido conociendo el despegue económico que hoy a todos se hace patente... Un lento proceso que aún mantiene a grandes partes de la población en situación de precariedad (el 65% de China –de los 1.300 millones de personas censadas– vive en un mundo rural escasamente desarrollado) y que, con todo, la ha llevado a ser considerada una gran potencia que ha sabido mostrar al mundo un nuevo rostro, grandioso e imponente, reflejado en esa memorable ceremonia de apertura de los JJ.OO., capaz de impresionar al más hierático de los telespectadores.

Pero ¿qué hay detrás?; ¿qué nueva China está resurgiendo en el siglo XXI? Vaya por delante que es ésta una pregunta sin respuesta clara; múltiples y variados pronósticos se deshojan entre los analistas. La efectiva apertura del país en el terreno económico se torna ambigua al bajar al ámbito de lo religioso y del control de fronteras y se contradice de lleno con un cada vez más férreo control estatal sobre los medios de comunicación, la política y las organizaciones sociales. ¿Quién se lo explica? El doctor en economía Russell Leigh Moses, que lleva viviendo en Beijing cerca de veinte años, casado con una mujer china, colaborador habitual del TBC (única institución jesuítica permitida en la República Popular China), aseguraba este verano que está cansado de asistir a diferentes foros en los que tiene que deshacer la opinión de que «el telón está a punto de caer». «*Esto puede seguir así veinte años más...*», repetía. Él mismo, sin embargo, no duda en reconocer la creciente tensión social en la que China está sumergiéndose y la consiguiente inestabilidad que, de hecho, provoca. Demasiados interrogantes y factores para permitir un pronóstico cierto...

Y es que analizar la realidad de un país que cuenta con más de 1/5 de la población mundial y una superficie mayor que la de los Estados Unidos no es tarea fácil. Muchos indicadores impresionan y provocan de por sí la reflexión. Baste con referir algunos¹:

- China produce el 6% de la energía mundial, pero utiliza el 20%.
- Con unos recursos agrarios bastante limitados, es el primer importador de soja y de aceite vegetal del mundo.
- En los últimos diez años, las zonas urbanas han crecido a un ritmo del 18-20%; las áreas rurales, solamente a un ritmo del 3-4% (que ha sido el crecimiento medio de España en los últimos años).
- En las 22 provincias chinas hay más de 100 ciudades por encima del millón de habitantes.
- La política del «hijo único» ha conformado una distribución social que hace que por cada 100 mujeres haya 112 hombres, y que la población china esté envejeciendo a un ritmo mayor que el de cualquier otra población en el mundo (la «seguridad social» como el gran problema de los próximos años).
- 1/3 de la población es fumadora.
- Enormes problemas de impacto ambiental: contaminación atmosférica (una media de 142 microgramos de partículas contaminantes por metro cúbico, frente a los 50 de los EE.UU o los 40 de la UE), falta de capacidad de saneamiento de las aguas, etcétera.
- Ante todo esto, el Gobierno pretende controlar y organizar: una de cada 66 personas es burócrata. Hay 40.000 funcionarios exclusivamente destinados a «purgar» la Web (¡inútil tratar de abrir ciertas páginas o servidores de correo en China!).
- Más informalmente, cabe constatar que los emigrantes chinos pueblan las ciudades de todo el planeta (desde Europa hasta los Estados Unidos, pasando por África, India y el propio Sudeste Asiático), desempeñando oficios parecidos: pequeños comerciantes o, en aquellos países en los que el gobierno chino ve potencial de mercado, grandes constructores de infraestructuras públicas.

Las cifras son reveladoras; pero, tratándose de un país tan grande y cambiante y de una cultura tan rica y compleja, resulta difícil hacer-

1. Estos datos han sido recabados en las clases con el profesor Russell Moses y con la profesora Yu Jie, en el TBC (*The Beijing Centre for Chinese Studies*), Beijing, Julio de 2008. Es posible consultar muchos de estos datos –generalmente con un sesgo más «oficialista»– en el *China Statistical Yearbook* de 2007, que puede verse en <http://www.stats.gov.cn/tjsj/ndsjsj/2007/indexeh.htm>.

se a la idea. Ciertos observadores vaticinan la emergencia de la nueva superpotencia; otros afirman que las contradicciones internas del sistema constituyen una seria amenaza de implosión. No obstante, hay algo en lo que todos los analistas coinciden: China es y será un país de oportunidades y retos en el presente siglo, un actor imprescindible de la política asiática y mundial.

Retos de la Iglesia en la China de hoy

¿Qué tiene todo esto que ver con la Iglesia y el cristianismo? Mucho, sin duda. La vocación de la Iglesia es acercarse a toda realidad humana e intentar evangelizarla, sacar lo mejor que lleva dentro. En el caso chino —una de las grandes civilizaciones de la humanidad—, el interés es mayor aún, si cabe. La historia del cristianismo en China es más antigua de lo que mucha gente se imagina. En el 635 d.C., los primeros misioneros persas (del movimiento herético nestoriano, pero, con todo, anunciadores de Cristo), aprovechando la ruta de la seda, llevaron el cristianismo hasta la misma capital (entonces Chang'an, la actual Xi'an), creando una red de monasterios a lo largo de toda la ruta comercial. La estela de Xi'anfu, de 781 d.C. celebra esta «propagación de la Luminosa religión». Un cambio de dinastía hizo que los misioneros cristianos fueran expulsados, aunque ya quedó un resto de personas que mantuvieron viva la fe en Cristo, cosa que ha perdurado hasta nuestros días y que debe matizar ciertas miradas hacia estos creyentes orientales cuando son vistos como «cristianos nuevos». La siguiente oleada de misioneros coincidió con la iniciativa del Papa Inocencio IV, que llevó a los franciscanos (Giovanni da Montecorvino) a entrar en suelo chino, desde el contacto con el Imperio Mongol, en el siglo XIII². También éstos fueron expulsados con el advenimiento de la dinastía Ming en 1368 d.C. Sólo en 1583, los jesuitas Mateo Ricci y Michele Ruggieri volvieron a entrar en suelo chino como misioneros. Sucesivas inestabilidades a lo largo de los siglos hicieron que el primer

2. Probablemente, las cosas se facilitaron porque la mujer del gran Gengis Khan había sido cristiana, y el entonces emperador de la ocupada China, Kublai Khan, era nieto de aquéllos.

cardenal chino no fuera elegido hasta 1946, el año, en cierto modo, a partir del cual puede hablarse, con toda la fuerza del término, de la «iglesia local» china.

Por todo esto, se ha definido la historia de la Iglesia china como una historia de «oportunidades perdidas»: los propios avatares de su historia, la torpeza eventual de los misioneros, la rigidez de algunos de ellos en la cuestión de los «ritos chinos» –puesto que veían en ellos un sincretismo de corte confucionista que la Santa Sede condenó en el siglo XVIII y de lo que sólo rectificó en 1939–, o la asociación entre cristianismo y potencias coloniales, frustraron una y otra vez las misiones cristianas en el continente, imposibilitando un definitivo arraigo de la fe cristiana en suelo chino. Hoy día, la presencia cristiana es muy minoritaria, pero significativa: unos 12 millones de católicos y más de 20 millones de protestantes de distintas denominaciones engrosan las filas de los fieles cristianos.

El último de los episodios que han lastrado a la Iglesia católica china es el de la división en dos grupos que podríamos denominar la «iglesia *underground*» o clandestina y la «iglesia tolerada»; problema que está sólo en vías de solución y ante el que el actual Papa Benedicto XVI se ha mostrado activamente preocupado en su carta de 27 de Mayo dirigida «a los católicos chinos». No conviene que la terminología lleve a engaño al hablar de *dos iglesias*. Hoy día, felizmente, se puede decir que se trata de una sola Iglesia católica en China, con dos grupos que han de ir dando pasos de reconciliación (de la llamada «iglesia oficial», parece que actualmente sólo hay tres obispos que no están en comunión con el Papa). En los años más duros del comunismo, la Iglesia había sobrevivido como grupo perseguido, «fuera de la ley». El problema surgió cuando, acabada ya la Revolución Cultural, en 1978, se permitió controladamente la pertenencia a ciertos grupos religiosos (Budismo, Taoísmo, Catolicismo, Protestantismo e Islam), con tal de que se configurasen como «religiones de Estado», sin ningún vínculo jurídico con el exterior. El Papa, como «jefe del Estado Vaticano» y, fundamentalmente, como figura de gobierno en la designación de obispos y otros aspectos importantes, no fue reconocido por el gobierno comunista. Se le puso a la Iglesia en el brete de decidir, bien existir públicamente, cortando lazos con Roma y siendo supervisada por un órgano censor creado al efecto y denominado «Asociación patriótica», o bien optar por permanecer como Iglesia católica perseguida, en unas

condiciones lamentables y sufriendo encarcelamientos y torturas varias. Un buen número de obispos y cristianos con responsabilidades comunitarias optaron por «salir a la luz». Parece prudente no enjuiciar unilateralmente a los que así lo hicieron, en la medida en que bastantes de ellos –tal como la historia ha demostrado–, decidiendo en conciencia no abandonar a sus fieles a su suerte, han trabajado desde el interior de la «iglesia oficial» o tolerada, por vencer las dificultades que la separaban de Roma y por conquistar cotas cada vez mayores de libertad religiosa³. Desde luego, hubo otros que optaron, simplemente, por la opción «más fácil», que nunca ha sido un criterio evangélico de peso; por no hablar de quienes han aprovechado esta circunstancia para medrar eclesiástica o gubernamentalmente.

Hoy día, a esta «iglesia nacional» se le ha permitido, desde la Asociación patriótica, reconocer al Santo Padre como su líder espiritual, pero no todavía establecer ningún tipo de contacto diplomático o canónico. Está dicho que Roma, por su parte, ha ido reconociendo como legítimos a aquellos obispos que le daban suficientes garantías de coherencia personal. Así las cosas, tal como ha solido sucederles tantas veces a los santos a lo largo de la historia, ahora es la «iglesia *underground*» la que debe dar un paso al frente y comenzar un proceso de integración en la «iglesia tolerada», según les ha pedido el Papa en su reciente carta⁴. El único camino es el de la reconciliación, como pide el evangelio; el problema es que, por ahora, parece haber más principios ideales que caminos prácticos para conducir este proceso con justicia y discreta caridad.

En toda esta situación, como en otras, se ve cómo la política actual del gobierno es contradictoria y sólo se entiende desde la obsesión por

3. En estos días, horas antes de la clausura de los JJ.OO., uno de estos obispos (diócesis de Hebei, Mons. Julius Jia Zhiguo, de 73 años) fue arrestado por prestarse a celebrar una Eucaristía –no «aprobada», al parecer– el día de la Asunción, ante la demanda de sus devotos cristianos; actualmente se desconoce su paradero.

4. También el Papa tiene palabras muy enérgicas para el gobierno al que recuerda que él es un líder espiritual, que deben permitir el contacto de los obispos con Roma y que es intolerable la existencia de una superestructura como la «Asociación patriótica». Cf. «Carta a los católicos chinos», en <http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/letters/2007/documents/hf_ben-xvi_let_20070527_china_sp.html>.

el control social. Por un lado, vigila y llega a arrestar a gente; por otro, por ejemplo, financia el seminario central de Beijing: un impresionante edificio, construido con dinero público a las afueras de la ciudad, perteneciente al Estado, donde los seminaristas de la «iglesia tolerada» realizan su formación.

Como se ve, los principios claros y distintos hacen aquí aguas por todos lados. La propia Compañía de Jesús cuenta con miembros –clandestinos, en la medida en que está oficialmente prohibida, por ser un «cuerpo universal»– en ambas iglesias, según desde dónde entraran en la Compañía (si siendo ya cristianos de la «oficial» o de la «perseguida»), y es precisamente desde este terreno bipolar desde el que desea prestar su servicio a la reconciliación de los dos grupos.

¿Cuáles son las razones, hoy en día, para que un/a chino/a decida hacerse católico/a? Al parecer, principalmente dos:

- En el mundo rural, la creencia en los espíritus es todavía muy fuerte; el cristianismo ofrece aquí una base muy sólida para superponerse a estas influencias, y es la razón por la que muchos abrazan la fe.
- En el mundo urbano, la creciente emigración de trabajadores deseosos de hacerse ricos a toda prisa ha llevado a una falta de valores y de sentido que hace que muchos también busquen en el cristianismo una fuente de sentido y de identidad.

En paralelo a estos dos tipos de conversiones se encuentran los llamados «cristianos culturales»: intelectuales atraídos por la cultura occidental que investigan y se acercan al cristianismo desde los libros. Muchos de ellos no llegan a dar el paso del bautismo, pero sienten una cercanía o afinidad espiritual importante.

¿Cuáles son los requisitos para ir a trabajar como misionero/a en China? En primer lugar, un fuerte deseo. Muchos occidentales están estudiando la cultura y la lengua chinas. Jóvenes economistas y empresarios se han instalado en el país para aprender y hacer negocios. Sin embargo, el misionero/a cristiano/a se encuentra con dificultades particulares. Por un lado, ha de ser consciente del enorme salto cultural que supone para un occidental vivir y acostumbrarse a la cultura china. Salto que se agudiza al intentar hacer comprensible la fe cristiana en una cultura cuyas categorías son bien distintas. Aprender la lengua es un proceso lento y difícil, y en muchos casos incompleto. La in-

comunicación es una experiencia cotidiana en los primeros meses o años. En las zonas rurales, la situación se hace todavía más difícil, al aumentar el aislamiento.

En principio, las órdenes religiosas y los misioneros tienen prohibido el acceso a China. Únicamente las religiosas –siempre que no catequicen y se limiten a actuar como meras «asistentes sociales»– y los sacerdotes diocesanos, siempre supervisados por el gobierno, tienen posibilidades de trabajar abiertamente en el país. Sin embargo, algunas posibilidades quedan todavía. Por un lado, el apostolado intelectual en las ciudades y centros universitarios está siendo un campo donde los misioneros están pudiendo entrar y aportar cosas valiosas. Es un terreno muy selecto, al que no resulta fácil acceder y en el que tampoco todo está permitido. También el trabajo social y asistencial ofrece una oportunidad para la entrada y el trabajo en el país. Además, existe una forma más o menos indirecta de colaborar con la misión china, y es implicándose en la formación del clero y los laicos del país, ya sea en China o en el extranjero.

Como se ve, China sigue siendo tierra de promisión, no sólo para los tiburones financieros y los empresarios emprendedores, sino para muchas personas que descubren, entre sus más de mil millones de personas, mucha sed de verdadera libertad y de auténtica fraternidad, y quieren contribuir a saciarla.